

## **Sermón: *En Cristo, Posesión, Propósito y Plenitud***

(Efesios 1:11–14)

### **Introducción**

Hermanos, hemos estado estudiando por varias semanas la carta del apóstol Pablo a los Efesios, y hoy continuamos en el capítulo 1, específicamente en los versículos 11 al 14. Recordemos que desde el versículo 3 hasta el 14 tenemos en el original griego una sola oración: una doxología, una explosión de adoración a Dios por las bendiciones espirituales recibidas. Pablo estalla en gratitud porque en Cristo hemos sido elegidos, predestinados, adoptados como hijos, redimidos por su sangre y perdonados de nuestros pecados. Todo esto, no por algo en nosotros, sino únicamente por la voluntad gloriosa de Dios y por su gracia supereminente.

Hoy meditaremos en este pasaje a través de tres palabras clave, fáciles de recordar porque comienzan con la letra **P**: **Posesión (o herencia), Propósito y Plenitud.**

### **1. Posesión: nuestra herencia en Cristo (Ef. 1:11)**

El texto inicia con la frase: “*En él asimismo tuvimos herencia...*”. Todo gira en torno a Cristo. No hay bendición fuera de él, no hay redención, no hay vida eterna si no es en Cristo.

Ahora bien, aquí surge una pregunta interpretativa: ¿qué significa que hemos recibido herencia? ¿Somos nosotros quienes recibimos a Dios como herencia o somos nosotros la herencia de Dios? La Escritura respalda ambos sentidos.

- Por un lado, Dios mismo es nuestra herencia: “Jehová es la porción de mi herencia” (Salmo 16:5). Nada más glorioso que tener a Dios mismo como posesión eterna.
- Pero también, nosotros somos la herencia de Dios: él nos compró, nos apartó como su especial tesoro (Deut. 32:9).

Ambas verdades son bíblicas y nos llenan de seguridad y gozo. Si Dios es nuestra herencia, entonces nada puede robarnos esa esperanza, porque él no caduca, no falla, no expira. Y si somos la herencia de Dios, eso significa que somos de gran valor para él, no por mérito nuestro, sino porque Cristo nos redimió en la cruz.

### **Aplicaciones:**

- Tenemos seguridad eterna: nada puede arrebatarnos lo que Dios es para nosotros.
- Tenemos comunión íntima con él: la herencia no es principalmente calles de oro, sino la presencia de Dios mismo.
- Tenemos consuelo en el sufrimiento: aunque todo se pierda, Dios nunca se pierde.
- Tenemos un llamado a santificación: si pertenecemos a él, nuestra vida debe reflejarlo.
- Y, finalmente, todo esto nos conduce a adoración: vivir para la alabanza de su gloria.

## 2. Propósito: el plan eterno de Dios (Ef. 1:11–12)

Pablo añade: “...*habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*”.

Aquí el apóstol no se conforma con decir que Dios nos predestinó, sino que va más profundo: muestra que esta predestinación descansa en cuatro realidades gloriosas del carácter de Dios:

1. **Su voluntad:** la libre decisión de Dios.
2. **Su beneplácito:** Dios obra con gozo, no obligado.
3. **Su consejo:** una determinación sabia, no caprichosa.
4. **Su propósito:** la meta clara y deliberada de glorificarse en todo.

Esto nos enseña que nada en la obra de salvación depende de factores externos o del azar. No fue nuestra decisión, ni nuestras obras, ni nuestras circunstancias las que movieron a Dios, sino que todo descansa en su soberanía. Nuestro destino eterno está amarrado a la voluntad perfecta de un Dios sabio, bueno e inmutable.

## 3. Plenitud: la meta final (Ef. 1:13–14)

¿Cuál es el resultado de todo esto? Pablo lo resume en una frase: “*para alabanza de su gloria*”. Esa es la meta, la plenitud de todas las cosas.

El Espíritu Santo, que nos ha sellado al creer el evangelio, es la garantía de nuestra herencia. Es como un adelanto de lo que nos espera en la redención final, cuando seamos plenamente posesión de Dios y disfrutemos de él por la eternidad.

Hermanos, el fin último no somos nosotros, no es nuestra felicidad personal, sino la gloria de Dios. Toda la obra de elección, redención, predestinación y herencia apunta a un solo propósito: que el universo entero reconozca y adore la gloria del Dios trino.

## Conclusión

Al considerar estas verdades, no podemos quedar indiferentes. Hemos visto que:

- Dios es nuestra herencia y nosotros somos su herencia.
- Todo descansa en su eterno propósito, en su voluntad perfecta y gozosa.
- Y el fin de todo es su gloria.

Entonces, ¿qué nos corresponde a nosotros? Vivir con seguridad, con gozo, con esperanza, con santidad y, sobre todo, con adoración. Porque como dice el salmista: *“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria”*.